Palabras de Papel

maitsa

Capítulo 1Lo había dicho seria, despacio, dejando que cada una de esas cuatro palabras ocuparan el espacio de tiempo que merecían. Ya. No. Te. Quiero. Así, sin más, como si fuera tan fácil, como si los sentimientos fueran tan sencillos de entender o de explicar.

Ya no te quiero. Y después se había ido con esa mirada en los ojos que yo conocía tan bien. Esa mirada igual a la de su madre cuando me reprochaba sin hablar no haberme vestido como es debido o no haber esperado a terminar de tragar para decir algo cuando no tenía opción porque cualquier estúpido de su familia estaba esperando algún tipo de respuesta por mi parte la tontería de turno que se le hubiera ocurrido.

Ya no te quiero. Sus ojos y la decepción de avellana que antes al menos se inundaba ligeramente cuando me la demostraba. Hoy habían permanecido secos, ajenos a esas palabras que se habían llevado el aire y la habían arrastrado lejos de mí. Una frase tan contundente al menos merecería una explicación, vamos digo yo. Tampoco es que fuera necesario que me recitara mi lista de pecados, pero no habría estado de más que al menos señalara cuál de todos le había llevado a decidir que ya no tenía cabida en su vida. Porque de eso se trataba. Había resumido en cuatro míseras palabras que aquello había llegado a su final. Que se iba de casa, que no quería saber nada de mí, que se había cansado, vaya uno a saber por qué. Podía haber dicho eso, de todas formas. Ya no te aguanto más. Es igual de contundente pero menos devastador.

Sin embargo, lo más curioso era que no me sentía devastado. Era imposible pensar que ya no me quisiera. Era la persona más importante de su vida, que quererme, no había otra opción. Por eso no me

encontraba especialmente afectado. Me molestaba el dramatismo, eso sí. Y también la mirada que se había escondido tras la puerta que se la había llevado. Eso me molestaba. No, me irritaba. Me irritaba profundamente.

Estaba más enfadado que otra cosa porque sabía que la elección de aquellas palabras no había sido casual, sabía que lo había hecho para dejarme sin derecho a réplica, ¿qué se puede decir cuando alguien asegura que ha dejado de quererte? Cualquier respuesta resulta tonta, rencorosa o patética y yo no soy ni tonto, ni rencoroso, ni mucho menos patético. No soy de esas personas que ante una situación así se pone a repasar toda la vida en común para descubrir el momento que ha provocado que ella se marche. No me regodeo en nada que me cause dolor o malestar porque no tiene sentido. Algunos opinan que es un modo de enfrentar la vida egoísta e insensible, pero a mí no me lo parece. Ella se había ido, nada más soltar su dichosa frasecita, se había marchado, ¿en qué podía ayudar que yo sacase la lupa y recorriese mis defectos, deformándolos y aumentándolos para hacerme sentir mal? Ella ya no estaba. No tenía solución.

Saqué otro cigarrillo y me acerqué a la ventana. El que estaba fumando cuando ella irrumpió como un estallido en mi despacho se había ahogado en el cenicero y yo sólo podía pensar en que no había forma más estúpida de malgastar un buen cigarrillo.

Me acerqué a la ventana para ver si por algún casual la veía cruzar la calle y estamparse contra un coche o partirse un tobillo en alguna alcantarilla. Siempre llevaba tacones demasiado altos y demasiado estrechos para una gran ciudad. Aquéllos eran zapatos de cóctel,

zapatos de fiesta pero sólo de ese tipo de fiestas a las que se lleva a las mujeres hasta la puerta y se las recoge nada más salir, como a princesas. Ella, sin embargo, siempre se había empeñado en usarlos como zapato diario.

En invierno, las botas larguísimas de caña alta llegaban a rozar sus muslos siempre al descubierto por esas faldas tan cortas que acostumbraba a vestir. En verano, con faldas igual de cortas pero sin medias para no dejar ya ni el más mínimo detalle a la imaginación, usaba sandalias altas como las de hoy. Sandalias de colores chillones y tacones imposibles que le hacían andar de una forma grotesca porque no estaban pensadas para eso. Estaban hechas para maniquís perfectos que demuestran su belleza con sonrisas discretas y movimientos gráciles en esas fiestas en las que se les deja en la puerta y se les recoge nada más salir. Pero nunca la pude convencer. Nunca logré que calzara algo igualmente femenino pero más cómodo y funcional para una vida como la que ella pretendía llevar. Tuve que acostumbrarme a verla tambalearse sobre aquellos alambres y no decir nada. Y lo hice. Ya nunca protestaba por eso. Al menos, podía tachar ésa de la probable lista de razones por las cuales ya no me quería.

Me aparté de la ventana con el pitillo entre los labios. No estaba en la calle. Seguro que había evitado cruzarla y llegar a algún lugar visible desde aquel despacho. Seguro que pensaba que estaría esperando encontrarla desde allí arriba. Paranoico, solía llamarme. Paranoico. Sólo porque acostumbraba a mirar por la ventana en los breves descansos que me permitía para disfrutar de mi tabaco. Sólo porque solía verla llegar a casa de madrugada, cuando bajaba del taxi que

compartía o cuando salía de la boca de metro por las tardes, con el maletín del portátil en una mano y las llaves en otra, preparándose desde mucho antes de llegar al portal para abrirlo. Sólo porque quería saber dónde estaba o qué hacía. Y, sobre todo, con quién. Pero vamos, tampoco me parece algo tan raro. No es que pensara que fuera a hacer o a pasarle cualquier cosa, simplemente, prestaba atención a los detalles. A las mujeres normalmente les gusta que nosotros tengamos en cuenta los detalles, pero a ella también eso parecía molestarle.

Lo cierto es que era una mujer rara. Para qué nos vamos a engañar. Siempre me había resultado muy difícil de comprender. Nuestra convivencia había resultado conflictiva prácticamente desde el momento en que la traje a vivir conmigo. A los dos nos había costado amoldarnos a las necesidades del otro, a compartir nuestras vidas de algún modo y sí es cierto que de un tiempo a esta parte todo había empeorado. Pero, ¿qué iba a hacerle yo? Soy del tipo de gente que necesita que le expliquen ciertas cosas. No se me da bien entender aquello que tiene que ver con lo emocional y lo admito. Necesito una mínima guía en ese tipo de cuestiones y ella nunca quiso dármela.

¿Qué le habría costado decir por qué ya no me quería? No era mucho pedir. Otro en mi lugar hubiera lloriqueado y hasta hubiera rogado que le perdonara, que le quisiera porque él también la quería. Pero yo no podía pedir perdón sin saber qué era lo que debía perdonarse. Además, querer o no querer no es cuestión de unas simples disculpas, ¿verdad? Seré muy torpe en esto de amar o no amar, pero comprendo que si un amor se rompe, recuperarlo ha de ser más difícil que decir perdón y pasar a otra cosa como quien archiva un

documento tras sellarlo.

Y, de todos modos, ¿cómo se hace para dejar de querer? Quiero decir. Es fácil no querer a alguien en un momento dado. Yo muchas veces al día tampoco la quería en absoluto a ella, pero decir que ya no la quería, así, sin ponerlo en un contexto, me parecía demasiado definitivo como para describir lo que sentía. Nunca me ha pasado nada semejante con nadie. Nunca he dejado de querer totalmente a una persona porque siempre hay algo, aunque sea el lejano recuerdo de un momento compartido, me hace dudar de mi no querer. ¿Cómo podía ella tenerlo tan claro?

Ya. No. Te. Quiero. Había dicho. Así, con espacio entre las palabras para que yo no pudiera negar su rotundidad, para que no pudiera desecharlas con un manotazo en el aire como hacía cada vez que decía una tontería.

Lo había dejado claro con su seriedad y su mirada de adiós en la puerta. Qué quería decirme con esos ojos avellana. Quién sabe. Si ya me resulta complicado comprender los sentimientos, cómo voy a pretender hablar el idioma secreto de las miradas. Se asemejaba a las de su madre, sí. Desaprobación, decepción, desencanto. Cualquiera de esas opciones estaba bien, pero aún así ninguna terminaba de encajar en ese rostro de joven porcelana rosada.

-Señor –abrió la puerta mi secretaria tras golpearla dos veces-. Su hija se ha dejado la pasmina mientras esperaba, se la dejo con sus cosas para que se la lleve esta noche.

La mujer dejó ese pañuelo de colores primaverales

sobre el butacón en el que descansaban mi chaqueta y mi maletín vacío, y se marchó sin más, sin mirarme ni esperar a que le respondiera.

Miré el contraste del cuero negro y el tejido beige con las mariposas verdes, amarillas y fucsias del pañuelo. No quise hacerlo, pero antes de darme cuenta había dado tres pasos firmes y mi mano había recogido aquel pedazo de tela sintética para acercarlo a mi rostro. En un gesto excesivamente teatral para mi gusto, inspiré el alegre perfume que desprendían las alas de aquellas mariposas y se me empañó la mirada.

Ya no te quiero, me había dicho con los ojos secos y gesto decidido.

Ya no te quiero.

Y después, mi pequeña se había marchado mirándome como solía hacerlo su madre antes de marcharse ella también, dejándonos solos a los dos.

Capítulo 2Encontró una foto en el buzón. Una foto de alimentos brillantes que por precios desorbitados te traen a casa para engordar aún más. La encontró y no la tiró. Tiraría la casa por la ventana cuando acabara ese fin de semana. Estaba dispuesta a encerrarse y comer basura hasta que la sensación que esos dos días le dejaran en el cuerpo desapareciera.

Había soñado con ello. Había tenido un sueño donde su vida entera se ponía patas arriba por un sólo y puntual acontecimiento que le hacía tener que escaparse el resto de sus días. En su sueño, fue un gélido cuchillo apretado contra el gaznate el que le hizo echar a correr. Ahora, el cuchillo no era tal pero la sensación de terror era exactamente la misma.

Se alejó lentamente del buzón con el papel pegajoso aún entre los dedos y, a pesar de plantarse frente al botón, no quiso llamar al ascensor todavía. No lograba recordar qué había pasado al final. Al final de su sueño. No solían interrumpirse sus sueños como hacen los de la mayoría. Siempre tenían un desenlace. Bueno o malo, pero desenlace. Y el de éste no lo recordaba. Recordaba la angustia, el miedo y la pereza de tener que echar a correr sabiendo que la perseguían y que acabarían alcanzándola. Que tarde o temprano la alcanzarían. Ahora llevaba ya un tiempo corriendo, demasiado para el que su torpe y pesado cuerpo podía tolerar, y sabía que este fin de semana iban a alcanzarla. Que ya lo habían hecho.

¿Sabe usted quién soy yo? Había dicho ella con ojos fieros la última vez que la vio discutir. Entonces se había alegrado tanto de que aquellas palabras fueran para otro que ahora sentía el corazón del tamaño de una pasa, encogido en su congoja. ¿Sabe quién soy? Le

había insistido al camarero maleducado contra el que descargó su furia aquel día. Nadie. No era nadie, al menos no para aquel muchacho, pero la frase logró su cometido. Logró amedrentar a aquel niño engreído que pareció creer que ella, por el mero hecho de ser quien era, podría aplastarlo, hacerlo desaparecer. Quizá pudiera. Su mirada quemaba tanto cuando se enojaba que no era descabellado pensar algo así.

Qué miedo tener que enfrentar su ira ahora. Qué miedo encontrarla en este fin de semana lejos de casa.

El año que viene, tal vez lo haya olvidado, trató de ser optimista presionando al fin el botón. Tardarían doce meses en verse después de estos días, quizá más. Para entonces puede que ya no estuviera enfadada. Su cólera era terrible, sí, pero solía extinguirse con facilidad.

A quién quería engañar, masculló sin hablar subiéndose al ascensor. Nunca más volvería a mirarle a la cara. Llevaba tres años de sacrificios buscándose la vida en Sudamérica ahora que aquí era imposible encontrar un trabajo en su profesión. Tres años. Y mientras tanto ella acostándose con su marido. Así, como si nada. Despreciando ambos su esfuerzo, su dedicación para tratar de sacar adelante una familia de dos.

No iba a perdonarle. Era evidente. Tardaba meses, muchos meses en juntar el dinero necesario para pagarse el billete y venir a verlos aunque fuera unos días. No le importaban las horas de vuelo ni el jetlag. Quería verlos al menos una vez al año. Si sólo podía ser durante un fin de semana, daba lo mismo. Pero no iba a perdonarla. Ni ahora ni cuando regresara dentro de un año, quizá con el divorcio debajo del brazo.

Salió del ascensor sintiendo temblar sus rodillas y tiró de la maletita para acercarse a la puerta que se abrió sin necesidad de llamar al timbre.

-Pero, ¿qué has hecho? –la interrogaron unos ojos angustiados haciéndole bajar la mirada.

-Aparta, mamá –escuchó una voz fría al fondo-. Deja que la vea por última vez.

Sintió una corriente de vergüenza y pesar recorrerle la espalda y desembocar en los brazos. Va ser un fin de semana eterno, se dijo mirando la foto de la pizza grasienta que acababa de recoger en el buzón de papá y mamá. Eterno. Pero, cuando vuelva a casa, siguió pensando sin querer enfrentarse a la mujer que había apartado a su madre del marco de la puerta, le diré a Manuel que ya está. Que puede venirse a vivir conmigo. Y él vendrá porque lo está deseando. Vendrá y pasaremos una semana encerrados. Una semana comiendo solamente asquerosa comida a domicilio y haciendo el amor cada vez que nuestras miradas se encuentren.

Capítulo 3¿Por qué sonríes? Dice mientras su ceño se frunce y sus dedos se aferran al botellín de cerveza que hay sobre la mesa. Sus labios finos, casi inexistentes y ligeramente curvados se juntan y aprietan. Creo que no quiere que se le escape nada más. No quiere seguir hablando después de este largo monólogo.

Lo miro y espero.

Ha dicho que el otro día encontró un viejo juguete, uno de esos coches que salen disparados cuando se les da cuerda. Y que no podía recordar el momento en que se le coló entre la lavadora y la pared. Ha dicho que cuando estaba de pie en el cementerio, viendo cómo su padre se hundía en su tumba, sólo podía pensar en el cochecito amarillo que guardaba en el bolsillo. Y ha dicho también que, más tarde, al llegar a su oficina, había hecho rodar durante horas el juguete por encima de los documentos que debía leer para una reunión.

Ha recordado que se tumbaba a recorrer desiertos, selvas y ciudades salvajes con ese coche y que mientras lo hacía, pensaba que quería hacer de su vida algo hermoso. Algo hermoso, ha repetido. No sé a qué me refería con eso. Lo que sé es que ahora, todas las mañanas, me encuentro a mí mismo preguntándote dónde carajo están mis calcetines. Todas las mañanas, ha recalcado otra vez. Y después ha explicado que no sabe qué dice eso de su vida, pero que, desde luego, algo hermoso no es.

Además, no ayudas, ha añadido. No ayudas mirándome siempre por encima del hombro, escondiéndote en las esquinas para ver qué hago, como si quisieras espiarme. Así no ayudas en absoluto. Si tienes algo que decir dilo de una vez. Pero dilo ya. Confiesa igual que él

confesó antes de morir. Confiesa como él confesó que su vida tampoco fue hermosa. Que no fue lo que esperó. Lo que ansió.

Ha esperado. Después de la exigencia de una confesión, ha esperado para ver si obtenía respuesta. Pero no lo ha hecho y parece que ha decidido seguir hablando. Ha dicho entonces, que solía gustarle trepar a la colina con sus padres. Que le gustó hacerlo incluso cuando él ya era adulto y ellos ancianos. Ha dicho que era maravilloso subir allí arriba y sentarse a ver cómo las luces de la ciudad se van encendiendo poco a poco. Ahora, sin embargo, ese recuerdo había quedado empañado por la última vez que visitaron juntos la dichosa colina. Dichosa, así lo ha dicho él.

Fue en esa última escalada cuando él confesó su frustración haciéndole perder la esperanza. Tras las palabras secas de su padre, intentó buscar el consuelo de mamá. Tontamente, ha dicho apartando la vista. Mamá ya no era mamá. Ya no podía hacer de médico como cuando él era niño y necesitaba que alguien le extirpara la desesperación, ha explicado con ojos acuosos. Ella no podía curar la confesión de su padre, probablemente ni la había entendido porque ya no entendía nada. Mejor, ha levantado la vista de nuevo. Mejor que no sepa que papá nunca soñó con nuestra familia ni con la vida burguesa a la que le abocó.

Detrás de la lavadora, con el coche amarillo, encontró también una llave, ha confesado entonces, con las palabras de su padre aún atragantadas. llave, ha remarcado. Y justo cuando parecía que iba a llegar a la cuestión, cuando parecía que iba a explicar por qué el coche y la colina y el que su vida no fuera hermosa le tenía tan desolado, su ceño se ha fruncido. ¿Por qué

sonríes? Ha preguntado. ¿Porque su sueño real fue volar catedrales? ¿Porque hubiera abandonado a su familia para jugar a ser guerrillero o anarquista? ¿Porque esa caja de hojalata y cierre oxidado ha confirmado al fin tu sospecha?

Sí. Es un asesino. Asesino en tiempos de guerra, pero asesino al fin. Asesino y cobarde, encima. Se escondió en mamá cuando su bando perdió y ha vivido toda su vida en ese escondite, maldiciendo no haber logrado un destino mejor, dice ahora, con rabia. Y tú te ríes, insiste. No nos quiso y a mamá tampoco. ¿Eso te hace feliz?

Contengo la respiración. Espero otra revelación como si no hubiera dado ya suficientes, pero veo que consulta su reloj y se gira. Camarero, me llama. La cuenta, dice. Asiento saliendo de mi refugio tras la barra y coloco el papelito frente a él. No hace ningún movimiento que sugiera que va a pagar ya, así que me aparto educadamente tras mirar un segundo su reflejo en el cristal. Ése que tanto le ha irritado que sonría.

Atiendo otra mesa pero no dejo de echar vistazos furtivos a la que él ocupa. Estoy vaciando la bandeja cuando lo veo levantarse y coger su maletín. Se va sin siquiera volver a mirar a ese interlocutor mudo que le ha escuchado en esta tarde de confesiones. Se va.

Con un suspiro, me acerco a recoger lo que ha dejado y observo que sólo hay dos euros diez sobre la cuenta. No ha dejado propina. Pero, a cambio, encuentro un cochecito amarillo. Uno de esos que salen disparados cuando se les da cuerda.

Lo cojo. Lo observo.

Al regresar a mi lugar tras la barra, tengo la certeza de que el cliente ha abandonado su infancia y a su padre con ese simple gesto. Ha dejado atrás su juguete. Y con él la esperanza de hacer de su vida algo hermoso.

Capítulo 4Las palabras rebosan

las puntas de mis dedos

en el papel blanco

de la inspiración.

Capítulo 5-¿Puedes ver algo?

Muchas cosas. Podía ver muchas cosas, pero no la que buscaba. Se había perdido mezclándose en el vaivén de la ciudad. Aquella arteria principal la había engullido y probablemente nunca volviera a ver la superficie. Claro que no era a ella a quien Eduardo buscaba a su lado. Él trataba de descubrir si la vieja librería en la que se conocieron seguía abierta, pero la perspectiva no era la mejor. Lograba verse a la gente transitar la acera en la que estuvo, pero no se alcanzaba a adivinar si seguía estando allí. Quizá hubiera otra cosa en su lugar, una cafetería o una tienda bien comercial, con un logo reconocible por todos en el escaparate. Algo que formara parte de una gran multinacional. Toda la ciudad estaba devorada por la globalización. En el trayecto en taxi desde el aeropuerto apenas habían visto nada que no se viera en cualquier otro lugar del mundo. La vieja librería no tenía por qué ser una excepción. La literatura y el arte poco lugar tenían ya en cualquier parte.

-Bajemos de una vez. Quiero saber si sigue existiendo –resopló Eduardo, frustrado.

-Espera un poco. Quiero verla un rato más.

Él pensaría que hablaba de Madrid. De esa ciudad a la que habían regresado después de tanto tiempo y que ahora podían contemplar desde la imponente suite de un hotel de Gran Vía. Cuánto habían cambiado las cosas desde que se marcharon. Desde que ella decidió dejarlo todo para seguirlo en el viaje al centro de las letras que les llevó primero a Ciudad de México, después a La Habana y finalmente a Bogotá. El viaje que a él terminó de convertirlo en poeta con cierto

renombre y ella en la musa necesaria.

Voy a vivir para siempre, le había dicho poco antes de que ella decidiera marcharse la mujer que, ahora estaba segura, no iba encontrar. Desde luego, no iba desde allí. No desde las alturas y el lujo. Pero no quería apartarse de la barandilla aún. Quería mirar. Buscarla incluso sabiendo que no estaría.

Voy a vivir para siempre, dijo con sus ojos chocolate anegados en lágrimas de dolor y vergüenza. Con el labio partido y la nariz sangrando. Tú no te preocupes, mi niña, que la gente como yo vivimos para siempre.

-Nada, no hay forma –se movía a su lado Eduardo, nervioso-. Vámonos, María, por favor.

No. No se iban. No quería irse. Quería verla aparecer. Aparecer en alguna esquina oscura con ese paso inseguro a pesar de los años que llevaba ya viviendo sobre unos tacones. Quería ver su falda corta, su top brillante, sus piernas recias, su pose digna, su maquillaje exagerado. Quería verla.

Recordaba con excesiva nitidez sus gritos de madrugada, ‘¡pero niña, que no son horas de venir de ningún ! ¡Anda para la cama y ponte a estudiar que es lo que tienes que hacer!’. Recordaba el tono burlón pero cariñoso. El imperceptible reproche en sus labios. Tan imperceptible que María no fue consciente de él hasta mucho tiempo después. Anda para la cama, no vaya a ser que termines como yo, quería decirle. Anda para la cama y aprovecha que tienes todo para ser quien quieras ser. No. María no la entendió hasta mucho tiempo después. Por eso, aquellas mañanas de resacas de excesos, se contoneaba con ganas sobre sus

tacones imposibles, haciendo bailar las faldas de sus cortos vestidos. No hay nada de malo en ser como tú, quería decirle entonces sin entender que el problema no era el que ella creía. Menuda estúpida. Ojalá pudiera encontrarla hoy para asegurarle que tenía razón, que la que se equivocó fue ella. Pensó que sus consejos venían de los complejos y el resentimiento. El resentimiento comprensible y justificado, pero resentimiento al fin. Qué idiota. Qué ciega estuvo.

No importa cuántas veces deseemos morir, la gente como yo vivimos para siempre. Vivir es mucho más infernal que morir cuando eres como yo, le aseguró varias veces cuando María la recogió en la calle después de que los gritos y el sonido de un coche acelerando la despertaran. Le había dado un vaso de agua y le había curado las heridas como había podido, pero sabía que el dolor que sentía poco tenía que ver con la sangre que salía de su nariz, la hinchazón de sus labios o los moratones en las costillas.

María había querido esperar. Esperar a que vinieran los otros para decirles cómo era el coche y cómo era el tío que había huido en él. Que ellos se encargaran. Que le devolvieran la paliza que merecía. Pero la mujer le rogó que no lo hiciera. Le rogó que se fuera y María sólo admitió hacerlo llevándosela con ella, sin pensar que quizá así estuviera agravando el problema. No deberías meterte, le había dicho la mujer ya en la mesa de la cocina, no es asunto tuyo, un día el golpe te lo vas a llevar tú y verás. Yo ni puedo ni podré protegerte, le había asegurado mientras María limpiaba sus lágrimas de rímel.

-Voy a ponerme los zapatos. Nos vamos ya, María. Deja de perder el tiempo.

Tú estudia, mi niña. Trabaja duro ahora que aún puedes elegir tu futuro. Trabaja por vivir sin tener que depender de nadie. Y aléjate de ése que viene tanto por aquí. Haz caso de lo que te digo. Aléjate, no es trigo limpio.

María cerró los ojos. La Gran Vía seguía dibujándose frente a ella aún así. La Gran Vía y todas las calles y callejuelas que en ella desembocan. Imaginó una especialmente sombría y esperó con todas sus fuerzas que ella siguiera allí. Que realmente viviera para siempre. No importaba lo egoísta que fuera ese deseo. No importaba que el infierno real fuera vivir. Quería que ella estuviera en algún lado para poder compartirlo.

-Vamos –dijo Eduardo a su espalda-. María.

El tono era una advertencia. Había dejado de pedirlo y había dejado de ordenarlo. Ahora ya la amenazaba. Debían bajar. Ahora. Sí o sí. Pero María no podía moverse. Quería hacerlo porque era una estupidez provocar un conflicto por esto, pero no podía.

-Bueno. Basta ya. Venga –le retumbó la voz de él en la cabeza al tiempo que lo sintió agarrarla del brazo.

Los dedos apretaron, firmes, enojados, y después, tiraron. Era asombrosa la fuerza que podía llegar a tener aquel hombre tan flaco que nunca ejercitó un sólo músculo y que pasaba la mayor parte del tiempo sentado. Era asombroso lo que podía lograr la ira.

María se dejó ir. Sus manos se despegaron de la baranda del balcón y tropezó un par de veces en el

camino a la puerta. Eduardo no la soltó en el pasillo ni tampoco en el ascensor. Descendieron los ocho pisos en silencio. En un silencio tenso en el que los únicos que hablaron fueron los dedos de él, hundiendo la piel de ella. Deformándola.

La soltó cuando se abrieron las puertas y se despidió del encargado de la recepción con una sonrisa encantadora. María lo siguió sin despegar los labios y cruzando los brazos para que nadie viera las marcas que pronto se dibujarían en ellos. Eduardo caminó deprisa, como si hubiera un límite de tiempo para llegar a destino. Esquivaba al gentío con rapidez y elegancia y no miró hacia atrás para comprobar que ella lo seguía. Debía de saber que no había otra opción. Que no podía no hacerlo.

María cruzó el enorme paso de cebra con torpeza, chocando con la marea que venía del otro lado y recordó que eso nunca le pasaba. Cuando vivía allí, se movía entre la gente como un colibrí. No lo hacía como Eduardo, que parecía apartarse del camino de los otros para no ser tocado, ni rozado siquiera, por desconocidos. Ella revoloteaba alrededor del variopinto abanico de personas que conforman Madrid. Los envolvía, los hacía suyos porque suya era la ciudad. Todos eran uno. Todos formaban parte la villa generosa que acoge al extraño sin dudas ni complejos.

Vio a un grupo de jóvenes amontonarse cerca de un restaurante de comida rápida, conocido lugar de encuentro para estudiantes. Los vio y no pudo identificarse con su hablar relajado, con sus risas ni con el nerviosismo cuasi-adolescente de tener a alguien del sexo opuesto al lado. No pudo identificarse con las miradas torpes de ellos, con sus gestos forzadamente

naturales y la ligera burla defensiva. Tampoco se identificó con la coquetería de ellas, sus cuerpos rígidos por el posible contacto y sus sonrisas más abiertas de lo habitual. Las vio subidas a tacones imposibles, moviendo las faldas de sus vestidos cortos y recordó que ella también estuvo tan llena de vida. Recordó que volvía a casa de madrugada y que siempre la recibía un grito amable y burlón que empezaba por un 'iniña!' cariñoso. Pero no se identificó en el recuerdo. Igual que tampoco identificaba estos pies torpones que avanzaban como podían en el asfalto sobre el que bailaron y cantaron noches sí y noches también. Felices por su libertad.

Eduardo se detuvo y María se detuvo con él. No pudo evitar chasquear la lengua al hacerlo y le molestó aún más el gesto satisfecho con el que él se acercó al nuevo escaparate.

-Al menos tienen mi libro –señaló.

Sí. Tenían su libro. Igual que lo tenían el resto de librerías que pertenecían a esa cadena. Pero el local nada tenía que ver con el que era cuando se conocieron. Entonces, los libros se amontonaban en mesas viejas que había colocadas en el centro y las estanterías de madera de las paredes trepaban hasta el techo, repletas ejemplares prácticamente imposibles de encontrar en cualquier otro lugar. Ahora, todo estaba perfectamente ordenado. Estanterías de media altura llenas de best-sellers habían formado pasillos rectos y cuidados y todo el espacio estaba iluminado por esa luz blanca de hospital que María tanto detestaba. Se había convertido una tienda de libros, ya no era una librería.

-En fin –comentó Eduardo sin apartar la mirada de la

portada de su libro, admirándolo y admirándose-. Podía ser peor. Podía ser, no sé, una tienda de chinos o uno de esos puestos de comida árabe. ¿No crees?

No. No lo creía, pero no iba a hacerlo enfadar de nuevo.

-Supongo –dijo solamente, acercándose unos pasos para ver ella también ese libro que era ya una de las pocas cosas que de Eduardo que aún podía disfrutar.

-Entre que ésta ya no es mi librería y que el de la puerta de tu casa ya no está, Madrid parece otra, ¿eh? –rió el hombre a su lado.

María cerró los ojos y asintió, encogida. Sí. Madrid era otra. Como otra era ella también.

Por eso era una lástima que no fuera a encontrar a su vieja amiga en la puerta de su casa. Era una verdadera lástima que no pudiera decirle que, desgraciadamente, ella también viviría para siempre.

Capítulo 6Cómo.

Cómo matarlos a todos sin matar a nadie.

Cómo hacerlos estallar.

Que vuelen por los aires y que no arrasen vida.

Cómo.

Cómo arrojar muerte sin arrancar vitalidad.

Si que queden raíces pero guardando algún brote.

Cómo.